

-Y este -dijo el doctor Simiak- es el transmisor de materia.

Rudolf Hefting contempló impresionado la enorme máquina que cubría todo un muro del laboratorio. Vio un elevado panel, repleto de diales, botones y palancas con enigmáticos números y símbolos. Aquella extraordinaria máquina que establecía contacto con el pasado le hizo sentirse pequeño e insignificante. Su padre, el doctor Hefting, era amigo de los dos hombres que la habían inventado, y ahora, tras meses y meses de súplicas, Dolf, ante la proximidad de las navidades, había sido por fin autorizado a visitar el laboratorio. Jamás había imaginado que el transmisor de materia fuera tan grande.

-¿Qué es eso? -preguntó señalando la sección central.

Parecía una cabina telefónica, pero sus paredes estaban aisladas a conciencia y la puerta era transparente. Sin embargo, no estaba hecha de vidrio, sino de un material sintético que, según decía el doctor Simiak, era indestructible.

-Ahí colocamos las jaulas con los animales o cualquier otro objeto que queramos transportar -explicó el doctor Frederics, que era el ayudante del doctor Simiak.

-¿Y vuelven también ahí?

-Cuando todo se desarrolla conforme a lo previsto.

-¿Qué quiere decir?

-Permíteme explicártelo, Dolf -dijo el doctor Simiak-. Si enviamos un animal enjaulado al pasado, tenemos que aguardar tres horas antes de poder recuperarlo porque el transmisor gasta mucha energía, se recalienta y hay que esperar a que se enfríe. Durante ese tiempo, la jaula ha de permanecer en el pasado, exactamente en el mismo lugar en que queda colocada. Eso es esencial, porque las coordenadas de la máquina se hallan determinadas para ese punto. Si alguien retira la jaula o si ésta aterriza en un terreno inestable y se cae, cuando vayamos a recuperarla sólo encontramos un montón de arena y tierra. En otras palabras, habremos perdido el animal.

-¿Por qué experimentan sólo con animales? -preguntó Dolf-. Los animales no pueden contarles lo que han visto del pasado.

-Porque antes de pensar en enviar personas al pasado tenemos que estar absolutamente seguros de que no corren peligro alguno. Si una persona llegara a una ciénaga o a un lago no podría establecer contacto con nosotros y se perdería.

-El peso también cuenta -le interrumpió el profesor Frederics-. Cuando utilizamos en el experimento un animal pesado, un mono, un chimpancé, por ejemplo, la energía gastada inutiliza todos los fusibles y las reparaciones suponen meses de trabajo.

-Es increíble. ¿Está ahora la máquina en disposición de funcionar?

-Sí. Hemos proyectado para Año Nuevo un experimento en el que esperamos transportar monos. Los hemos adiestrado para recoger objetos que puedan alcanzar desde la jaula.

Dolf asintió y observó la cabina tratando de imaginar lo que se sentiría estando dentro y en espera de ser transportado a un pasado remoto.

De repente dijo, casi involuntariamente:

-Yo iría.

Los dos científicos se quedaron sin habla. Allí estaba aquel chico, bastante alto para no haber cumplido aún quince años. Un estudiante apasionado por la historia, pero que apenas había dejado de ser niño. Y decía... pero no podía hablar en serio. Naturalmente pensaba en alguna aventura de ciencia-ficción.

-Peso menos que un mono -dijo Dolf.

-Claro, pero...

-Tengo ojos y boca -repuso Dolf -. Al volver les contaría lo que hubiera visto.

Dolf siguió hablando con serenidad, aunque en su interior no se sentía precisamente tranquilo. Su corazón latía con fuerza.

-No, no; es una verdadera insensatez -murmuró el doctor Frederics.

-Demasiado peligroso -añadió el doctor Simiak. Pero su voz revelaba inseguridad.

Cuanto más insistían los científicos en que no era posible realizar el experimento, más dispuesto se mostraba Dolf a correr el riesgo.

-Sería una cobaya ideal. Tengo el peso adecuado y unos ojos a los que no se les escapa nada -dijo-. En cualquier caso podría llevar un arma. Sé que es peligroso, pero me siento capaz de superar las dificultades; además sólo serían unas horas, el tiempo justo para... En mi casa tengo un libro que describe el torneo que organizó el duque de Dampierre, el catorce de junio de mil doscientos doce, en Montgivray, Francia central. ¿Por qué no me envían allí? Sería magnífico. ¿Qué pueden decirles esos monos? Imagino que podrán reconocerlos y extraer partículas de polvo de su pelo. Pero ¿de qué sirve eso? Yo soy capaz de proporcionarles unas pruebas científicas irrefutables.

Advirtió que los dos hombres titubeaban.

-... Y no tengo miedo -añadió rápidamente...